

Los nombres de Vinca Luonar

—Dímelo, por favor —dijo lord Adkeru con las brillantes pupilas dilatadas. Se acercó al cuello de la joven y aspiró su aroma. Desprendía un olor a orquídeas silvestres—. No me hagas sufrir más.

Ella se echó a reír. Su risa era cantarina y risueña, nada que ver con su carácter dominante. Sus labios pintados de carmesí se ensancharon en una sonrisa sensual que hizo estremecer a su acompañante.

—Mi nombre o mi sangre —le respondió ella—. Y sé que prefieres lo segundo.

Adkeru tuvo que cerrar la boca para que la joven no viera cuánto le crecían los colmillos. No quería asustarla. Al hacerlo, la punta afilada le arañó el labio y le resbaló una gota de sangre hasta la barbilla. Qué pena que su propia sangre no le sirviera para calmar el ansia; resultaba tan incongruente y repugnante como si un humano se comiera a un igual. Beberla podría salvarlo de una sed insoportable, pero había que estar muy desesperado para hacerlo.

Por fortuna, allí estaba la dama más bella que había visto en su vida ofreciéndole su elixir rojo. Y ni siquiera había tenido que asaltarla en plena noche como había hecho con otras. Aquella joven de mirada misteriosa se le había acercado en la fiesta de lady Ishkeria y le había susurrado: «Si quieres mi sangre, es tuya».

¿Cómo no rendirse a una tentación como aquella?

Sin embargo, lord Adkeru no era de los que se conformaban. Si ella le daba lo que él deseaba en bandeja de plata, ¿qué diversión encontraría en ello? Él quería también *su nombre*. Una palabra que sirviera como llave al interior de esa mente que tanto lo intrigaba. Un control férreo con el que poder disponer de aquellas venas azuladas siempre que quisiera. Quizás, si le gustaba lo suficiente, podría convertirla en parte de su séquito. Una donante más siempre era bienvenida. Cuantas más tuviera en su poder, mayor prestigio poseería la Casa Adkeru.

—Tal vez te lo diga al acabar la noche —respondió la joven mientras deslizaba un dedo por su propio antebrazo pálido, con aire pensativo—. Pero si lo hago, ¿qué obtengo yo a cambio?

El vampiro reculó, contrariado. Estaban en el tercer piso de la mansión de lady Jashlet Ishkeria, acomodados sobre una elegante cama con dosel de gasa negra y sábanas de seda. El ventanal del cuarto estaba cubierto por unas pesadas cortinas opacas del mismo color oscuro que el resto del escaso mobiliario. Si la joven trataba de escapar o lanzaba un grito, no lograría nada. La atraparía y le abriría la garganta con las uñas de lado a lado antes de que pudiera siquiera abrir su dulce boca. Y, además, no habría ni un solo vampiro en la fiesta que se hubiera inquietado por escuchar gritar a una humana. ¿Cómo se atrevía a pedir algo?

A pesar de la impertinencia de la joven, a Adkeru cada vez le divertía más aquel juego.

Desde luego, resultaba novedoso después de que todas las demás lloraran y suplicaran por su vida. Los vampiros tenían un oído delicado y poca paciencia para quienes trataban de resistirse.

—Te colmaré de hermosos vestidos y joyas brillantes. Serás la donante más distinguida de toda mi corte. Todas te envidiarán, todos te desearán. Pero solo serás mía.

Para sorpresa y ofensa de lord Adkeru, la humana resopló con decepción.

—No necesito nada de eso. Yo quiero algo distinto.

—Adelante, pídemelo —respondió el vampiro, escondiendo su reticencia—. Si está en mis manos, lo haré realidad.

La dama se recostó en la cama con la cabeza sobre la palma de su mano. Su elaborado recogido empezaba a aflojarse y algunos mechones oscuros quedaron libres de los pasadores y las horquillas de oro. Estiró el brazo libre hacia el lord. Las venas se hacían más notorias a medida que llegaban a la muñeca.

—Sírmete, y mientras, pensaré en lo que deseo.

El lord se arrodilló en el suelo junto al lecho y tomó la mano de la joven. A pesar de no necesitar aire, inspiró con profundidad y se llevó la muñeca a la boca.

La mordedura fue dura, salvaje. En contraposición con la refinada educación del lord, rompió sin delicadeza alguna las venas de la joven, quien tan solo emitió un quejido que un oído menos fino ni siquiera habría percibido. ¡Por el vampiro-rey del Izernatum! Aquella sangre era como ninguna que hubiera probado. A pesar del sabor metálico del inicio, terminaba con un regusto ácido tan delicioso que por poco no pudo detenerse. Solo cuando la joven le dijo que estaba al borde del desmayo se apartó de ella. Hizo un esfuerzo por no relamerse como un perro y sacó un pañuelo bordado que siempre guardaba para cuando terminara su manjar. Se puso en pie y le ofreció otro a la humana mientras él se limpiaba la sangre de la boca.

—Disculpa si he sido demasiado impetuoso —dijo el vampiro. Examinó la herida de su acompañante y añadió—: No creo que tarde en cerrar.

—En absoluto. —La joven apartó el brazo con brusquedad y se sentó sobre la cama. Parpadeó repetidas veces y revisó un reloj de bolsillo que llevaba oculto en una pequeña faltriquera—. Uno, dos, tres... ¿Qué te ha parecido?

Lord Adkeru se quedó observando el reloj, sin comprender a qué se debía que su donante hubiera empezado a contar el tiempo. ¿Estaría calculando cuánto le llevaría a la herida sanar? Decidió ignorarlo, como si temiera inmiscuirse en algo que sólo le incumbía a la muchacha. Algunos humanos son excéntricos, casi tanto como muchos vampiros. En su lugar, se llevó una mano al pecho, a su corazón inmortal, y respondió:

—No tengo palabras para describir el inmenso placer que me ha supuesto...

—Diez, once... ¿Y si hablas de forma más directa y menos grandilocuente? —soltó ella, sin dejar de observar el rítmico avance de la aguja segundera.

El vampiro se quedó mudo de asombro. La humana, que le había parecido tan elegante y graciosa con esos juegos sensuales en los que parecía casi capaz de dominarlo, se había atrevido a faltarle al respeto.

La joven guardó de nuevo el reloj y se levantó antes de que lord Adkeru pudiera salir de su estupor. Le mostró de nuevo el brazo.

—Veinte segundos. ¡Curada! No queda rastro de tus repulsivos dientes en mi piel.

Era cierto. Ni dos cicatrices parejas que indicaran que había recibido una mordida.

—¿Cómo es posible...? ¿Cómo te atreves...? —Lord Adkeru tenía tantas preguntas que no sabía ponerlas en orden. Si la confusión y la ira le estaban dificultando pensar con claridad, el malestar que empezó a notar agravó ese efecto—. Ve y llama a algún lacayo de lady Ishkeria. Me encuentro algo indispuesto.

—Treinta segundos. Y peor que te encontrarás. —La mujer sonrió y, esta vez, al vampiro no le pareció nada atrayente. Al contrario: esa expresión malévola logró asquearle—. ¿No querías saber mi nombre?

El vampiro se desplomó en el suelo. Su boca y su garganta parecían arder, y todo su cuerpo comenzó a convulsionar. Cuando trató de hablar, un chorro de sangre escapó a borbotones por su boca. Tosió un par de veces y logró articular con espanto:

—Eres... ¿una bruja?

—Así es. —La joven se arrodilló junto a él. Si le importaba mancharse el vestido con el vómito escarlata del vampiro, no dio muestras de ello—. Mi nombre es Vinca Luonar. Seguro que te suena.

El terror se apoderó de lord Adkeru. ¿Una bruja de la dinastía Luonar? No podía ser cierto. Tosió de nuevo y levantó la cabeza para clavar sus ojos en los de la joven. Trató de entrar en sus pensamientos y dominarla, sin éxito. La bruja no opuso una gran resistencia, y aún así, el vampiro fue incapaz de abrirse paso. Estaba demasiado débil. Una nueva arcada le contrajo el estómago y volvió a empapar el suelo. Ya no sabía cuánta sangre era de Vinca y cuánta suya.

—Patético. Qué gran espectáculo, chupasangre —dijo ella. Se levantó y sacó una diminuta libreta y una pluma estilográfica de su faltriquera—. Es absurdamente fácil mataros cuando sois tan poco precavidos. La sangre de una Luonar es tan venenosa para los vuestros que bastaría con que os cayeran unas gotas sobre la piel para abrasárosela en medio minuto. Pero a mí me resulta más divertido esto. —Señaló al vampiro, quien se sintió impotente sobre el charco de su vómito, renqueando con lentitud en dirección a la puerta—. Una vez que bebéis nuestra sangre, ya no hay salvación para vosotros. No es inmediato, pero sí efectivo.

Lord Adkeru estiró un brazo tembloroso en un intento vano por pedir auxilio. La sangre sobre la que yacía había empezado a calcinar su piel como aceite hirviendo, arrancándole un grito que le rasgó la laringe. La bruja se acercó a él y clavó su tacón de aguja en el dorso de su mano.

—Dime, querido lord —hundió un poco más el zapato sobre la piel marmórea del vampiro—, ¿cuál es tu nombre de pila?

—No... te lo... —El dolor era insoportable. Había comenzado en su boca y su vientre, y en unos minutos ya se había extendido a todo su ser. La sangre ácida le había quemado la garganta y parte de la lengua. Cada intento de hablar era un suplicio.

—¿Que no me lo dirás? —preguntó la bruja. Clavó un centímetro más su tacón, arrancando un aullido ronco y punzante de lord Adkeru—. Vaya, parece que aún conservas potencia en esas cuerdas vocales. Vamos, no tengo toda la noche—. Levantó la libreta y una pluma con impaciencia.

—Piedad...

La mujer resopló y pisó la mano del lord con tanta fuerza que se escuchó el crujido del hueso. La arpía reía y se regocijaba con las lágrimas sanguinolentas que acom-

pañaban los gritos de Adkeru. Era imposible que nadie en la fiesta se alertara por el sufrimiento de uno de los suyos, ¿no? Alguien tenía que estar a punto de irrumpir en la habitación y asesinar a esa maldita mujer.

Por desgracia, nadie pensaría que un vampiro, y menos uno perteneciente a la Casa Adkeru, pudiera sufrir un solo rasguño a manos de una humana. La gente creería que era parte de un juego macabro. No sería el primero ni el último que disfrutaba recreando escenas aterradoras con sus donantes.

—Eso es lo que quiero. ¿Recuerdas? Habíamos hecho un trato. Yo te decía mi nombre, y a cambio, tú me dabas algo. —Por fin, la bruja apartó el pie y liberó la mano del lord. Había destrozado la escasa carne que la cubría y le había roto varios huesos—. Dime tu nombre completo y podremos poner fin a esta tortura.

Adkeru, a punto de sucumbir a la inconsciencia, y con el dolor asfixiante llevándolo al borde de la locura, contestó en un susurro apagado:

—Éwille Adkeru.

—Éwille... —Vince pronunció su nombre como si fuera un delicioso bombón en su boca. Si la situación hubiera sido distinta, a Adkeru le habría resultado excitante su forma de llamarlo—. Bien, aquí estás. —La mujer dio unos golpecitos a su libreta, donde aparecía aquel nombre escrito—. Éwill Adkeru, segundo hijo de la dinastía Adkeru, poseedor de grandes dominios en las zonas costeras al oeste del Izernatum, unas reservas de oro envidiables, bla, bla, bla... —Tachó el nombre de la lista con dramática lentitud, como si con ello dictara su sentencia de muerte—. Un nombre menos para mí. Ahora dejaré que tu asquerosa raza encuentre tu cadáver y me tema. No durará mucho. Os creéis demasiado inteligentes, demasiado invencibles. Y cuando se confíen y vuelvan a bajar la guardia, iré a por más. —Vince Luonar giró los ojos hacia el vampiro y guardó de nuevo la libreta con los nombres de sus víctimas—. Voy a acabar con todos vosotros lentamente.

Arrancó de la mano ilesa del vampiro el pañuelo de seda y se limpió con gracia los restos de sangre que todavía no había secado, tanto de la piel como de los tacones. Eso fue lo último que pudo ver el lord de ella, pues ya no tenía fuerzas para siquiera seguirla con la mirada mientras la bruja se dirigía a la puerta; sus pasos resonando contra la madera a un ritmo rápido y seguro. Vince cerró la estancia con un golpe sordo, abandonándolo a su suerte.

Lord Adkeru maldijo a la bruja y a toda su stirpe con un murmullo antes de dejarse caer entre los brazos de la muerte.